

Una explosiva aventura por entregas

Alberto  
Vázquez-Figueroa



SULTANA ROJA

La brasa

1<sup>a</sup>  
entrega

María sólo ha conocido a un hombre bueno, su padrastro, que rescató a su familia de la pobreza y le proporcionó una vida feliz y segura.

Pero cuando él muere brutalmente a raíz de un atentado terrorista, una única idea obsesiona a María: la venganza.

Y a ella dedicará metódicamente todos sus esfuerzos...

# PRIMERA PARTE

## LA BRASA

Dos y diez de la madrugada; los primeros noctámbulos de la ciudad más noctámbula de Europa comenzaban a desfilar hacia sus casas, pese a que el calor invitaba a continuar en las terrazas al aire libre en las que aún podían admirarse provocativos cuerpos de muchachitas casi adolescentes que no parecían tener prisa por caer en la cama, a no ser que lo hicieran acompañadas.

Los exámenes de fin de curso habían concluido un par de semanas antes, y por dicha razón eran mayoría los chicos y chicas que deambulaban por las calles o hacían corro en torno a un banco en el que un par de galanes tomaban asiento en el respaldo sin preocuparse por el hecho de estar plantando las sucias suelas de sus zapatos en el punto exacto en el que al día siguiente tal vez hiciera un alto en el camino un fatigado anciano.

En la Castellana, a la altura de María de Molina y los Altos del Hipódromo, los travestis exhibían sus semidesnudos cuerpos al tiempo que abundaban en provocativos gestos, casi en el mismo momento en que, en la esquina de Recoletos con Almirante, tres jóvenes chaperos aguardaban la llegada del tímido cliente —felizmente casado y padre de familia— que no hubiera logrado vencer esa noche las oscuras exigencias de sus más íntimos deseos.

Por el resto de la siempre despierta ciudad, aquí y allá, en lugares muy concretos y sobradamente conocidos, deambulaban docenas de prostitutas a las que se advertía satisfechas por no tener que soportar ya los gélidos rigores del cortante viento que meses atrás llegaba de la sierra bariendo las largas avenidas, y una apresurada ambulancia

cruzaba a lo lejos atronando la noche con su irritante alarido.

No se trataba, por tanto, más que una del millón y una noches madrileñas en la que era de suponer que nacerían y morirían seres humanos, se haría el amor, se consumirían alcohol y drogas e incluso se bailarían un remedo de sevillanas para turistas hasta que la primera claridad del día anunciara su llegada por encima de las inclinadas siluetas de las Torres Kio.

No obstante, a las dos y quince minutos de esa noche de finales de junio, una mujer de poco más de treinta años, cabello negro, facciones muy marcadas y profundos ojos oscuros, que vestía camiseta blanca y pantalones vaqueros, detuvo un Rover 800 de color cobrizo junto al surtidor de la plaza Isabel II, descolgó la manguera y la acomodó en la toma de carburante del vehículo.

No se distinguía a nadie por las proximidades.

A poco más de dos manzanas de distancia, calle Arenal arriba, tres cansados clientes, abandonaban charlando el Joy Eslava para subir a un taxi.

La mujer de la camiseta blanca extrajo del bolsillo posterior de su pantalón un puñado de billetes de mil pesetas y los fue introduciendo, uno tras otro, en el cajero automático de la gasolinera.

¡Muchos! Sin duda, demasiados.

A continuación, y tras dirigir una distraída ojeada a su alrededor, fijó la palanca de empuñadura de la manguera y permitió que el oloroso líquido amarillento comenzara a fluir al interior del depósito del Rover de color cobrizo de impecable aspecto.

Para cualquier insomne que tuviera la ocurrencia de asomarse en ese momento a una ventana, la escena no ofrecería la más mínima apariencia de anormalidad.

Una noche de verano más, y una atractiva conductora de provocativos pechos que había esperado hasta el último momento para reabastecerse de combustible.

Un buen momento para regresar a la cama mientras el taxi y sus tres clientes se alejaban hacia la plaza de Oriente y la calle Bailón.

La mujer pareció sentir curiosidad por los carteles de la película que se ofrecía en el cine que abría sus puertas a menos de treinta metros de distancia, y dejando la manguera encajada en el coche se aproximó a observarlos.

Nada hacía presagiar el más mínimo peligro.

La gasolina continuaba fluyendo con fuerza.

No obstante, y eso sí que resultaba en verdad sorprendente, el Rover no parecía sentirse nunca satisfecho. Litros y litros de combustible penetraban en su interior sin acabar de llenar el insaciable depósito, y se hacía necesario aproximarse mucho para llegar a la conclusión de que al tiempo que penetraba por uno de sus costados, la gasolina surgía por un pequeño tubo que casi rozaba el suelo, para esparcirse libremente por el asfalto.

A los pocos minutos la mujer volvió sobre sus pasos, se detuvo a unos diez metros del vehículo y observó, imperturbable, el charco de gasolina que se deslizaba por debajo de dos utilitarios que se encontraban aparcados a corta distancia y continuaba su camino en dirección a la fachada posterior del Palacio de la Ópera, un enorme edificio cuya enésima restauración, a punto ya de concluirse, había costado miles de millones y que se encontraba a menos de veinte metros de distancia.

Dos barrenderos hicieron en esos momentos su aparición descendiendo por la cuesta de Santo Domingo charlando animadamente mientras empujaban un carrito, y el más joven de ellos no pudo por menos que lanzar un leve silbido de admiración al observar la llamativa figura de la mujer del pantalón tejano, que se limitó a mirarles con desconcertante indiferencia al tiempo que sacaba del bolsillo un mechero, lo encendía y se acuclillaba para aplicarlo al pequeño reguero de gasolina que casi le rozaba los zapatos.

Los horrorizados barrenderos pudieron observar cómo una enloquecida llamarada corría sobre la calle, hacía volar por los aires a los dos utilitarios y convertía en cuestión de segundos una de las plazas más antiguas y nobles de Madrid en una auténtica sucursal del infierno.

La mujer observaba su obra con total indiferencia, mientras las llamas comenzaban a lamer los muros del Palacio de la Ópera.

¿Incendiaria...?

¿Cómo podría negarlo, si me han sorprendido con las manos en la masa?

¿Atracadora...?

Resultaría estúpido intentar ocultar que he participado en una veintena de atracos. En cuanto la policía rebusque en sus archivos encontrará mi ficha bajo una u otra identidad. En estos últimos años he utilizado varias.

¿Prostituta?

Si aceptar dinero por irse a la cama con un hombre es ser prostituta, me temo que lo soy.

¿Lesbiana?

Si haber hecho el amor con otra mujer, aun sin interesarme especialmente, también lo soy.

¿Drogadicta?

Si meterse de tanto en tanto una raya de coca entre pecho y espalda es ser drogadicta, lo acepto.

¿Terrorista...?

Eso depende del punto de vista.

¿Asesina...?

¿Y qué es exactamente un asesino? ¿Alguien que mata por placer? ¿Alguien que mata por dinero? ¿Alguien que mata por venganza, o alguien que mata por necesidad? Incluso, ¿por qué no?, alguien que mata por obligación. En cuanto me lo aclaren, decidir, si me considero o no una asesina.

¿Lacra humana?

En eso sí que disiento. Yo no soy en absoluto una lacra humana, ni una escoria tal como se viene asegurando, sino

más bien alguien a quien se le debe mucho, ¡tanto!, que dudo que consigan pagarme por más que se esfuercen.

No. No estoy exagerando. Hace ya casi treinta años, desde el día mismo en que nací, que guardo silencio sobre todo cuanto he visto, y creo que ha llegado el momento de hablar.

Mi historia es larga.

Dura, a menudo cruel, y demasiado larga.

Mi verdadero nombre, que ninguna policía de este mundo ha conseguido determinar hasta el presente, es María de las Mercedes Sánchez Rivera, que como se puede advertir es bastante vulgar y poco tiene que ver con los absurdos apodos de *Sultana Roja* o *La Antorcha* con que se me suele conocer.

Ni *Sultana Roja*, ni *La Antorcha*; sencillamente Merche Sánchez, nacida un 10 de marzo en un miserable poblacho andaluz de cuyo nombre no quiero acordarme.

Mis primeros años debieron ser los normales en una niña nacida de padres aceituneros, supongo que ni mejor ni peor, pero lo que sí sé es que al poco de nacer mi hermano pequeño, Rafael, murió mi padre, con lo que nos quedamos en la más pura miseria.

Mi madre hacía cuanto podía por sacarnos adelante, trabajando en el olivar y en las casas de los señoritos de sol a sol, pero eran cuatro las bocas que tenía que alimentar, cuatro los cuerpecitos que tenía que vestir y ocho los piecitos que tenía que calzar, y pese a que se dejaba la piel y la juventud en el intento, la mayor parte de las veces no conseguía ni alimentarnos, ni vestirnos, ni mucho menos calzarnos.

A tal punto llegaba nuestra necesidad, que algunas noches mi madre se escabullía en silencio cuando creía que dormíamos, y el día que decidí seguirla fue para descubrir que se encaminaba a La Jota de Corazones, uno de esos clubes de carretera en los que suelen detenerse los camioneros.

Yo no tendría entonces más de ocho años, pero en el pueblo era cosa sabida a qué se dedicaban las mujeres que frecuentaban aquel antro.

¿Qué podía hacer?

Cuando tienes hambre y tres hermanos a los que cuidar la procedencia del dinero poco importa, siempre que alcance para pagar el alquiler y lo poco que podíamos llevarnos cada día a la boca.

No obstante mi madre se moría de vergüenza y pese a que no la hubiera oído salir o regresar yo sabía muy bien cuándo había pasado una noche en La Jota de Corazones puesto que al día siguiente ni siquiera se atrevía a mirarnos a la cara, y evitaba a toda costa tomar a Rafaelito en brazos.

Se sentía sucia. Sucia y despreciable.

Fueron años difíciles.

¡Muy muy difíciles!

Amargos.

¡Muy muy amargos!

Años de silenciosas lágrimas en los que me empeñaba en no demostrar que pasaba llorando las horas que mi madre estaba fuera, sobre todo cuando alguno de los pequeños se despertaba y preguntaba por ella.

Una de esas noches, Currito enfermó.

Comenzó a delirar, agitándose en la cama y cuando acudí a su lado descubrí que ardía en fiebre.

¡Supe que se moría!

¡De veras lo supe!

Respiraba entrecortadamente, se lamentaba entre sueños, y a cada minuto que pasaba la fiebre iba en aumento.

Le puse unos paños fríos en la frente, pero no dieron resultado.

Yo temblaba.

Al fin eché a correr en mitad de la noche, a punto estuve de que un camión se me llevara por delante, pero me

precipité en el interior de aquel lugar inmundo llamando a gritos a mi madre.

Recuerdo aquel instante con mayor nitidez que cuanto aconteció la otra noche, cuando le pegué fuego al teatro.

El incendio, con toda su aparatosidad, apenas tiene nada que ver con las miradas de rechazo de media docena de viejas putas y clientes borrachos.

Mi madre salió envuelta en una sucia sábana y pude leer en sus ojos el horror más profundo que niña alguna haya podido leer en los ojos de su madre.

¡Qué vergüenza sentía!

¡Qué asco de sí misma!

¡Curro se muere!

¡Se muere, madre! ¡Se muere!

Un hombre en calzoncillos emergió hecho una furia del cuartucho y la aferró por el brazo tratando de llevársela a la cama.

Le rompió una botella en la cabeza y corrió, descalza, carretera abajo.

Demasiado tarde.

Curro se nos murió en los brazos con el canto del gallo.

Mi madre envejeció diez años.

No volvió a salir por las noches, vagaba como un fantasma por los campos, y trabajaba dieciséis horas diarias sin descansar ni un solo día en todo el año.

Nadie la saludaba.

Nadie quería saber nada de nosotros y las mujeres se oponían a que sus hijos jugaran con los hijos de Rocío la Puta.

Ser paria entre los tuyos es mil veces peor que ser paria entre los extraños.

Lo sé por experiencia.

¡Maldita experiencia!

Mi vida no ha sido más que una pura experiencia.

Cada una más amarga que la otra.

Cada vez más terrible.

Pero en aquel momento, cuando el mundo se derrumbaba, o sería mejor decir que se deshacía como el hielo al sol, apareció Sebastián.

Sebastián era la vida entre los muertos; la luz en las tinieblas; la paz en mitad de una batalla; la alegría que derrota sin esfuerzo a la tristeza; el ser humano entre los hombres; el padre de todos los huérfanos del mundo y la última esperanza de todos los desesperados del planeta.

Era alto, fuerte, trabajador, animoso, divertido y tan rebotante de bondad que su sola presencia tenía la virtud de alejar las penas como el viento aleja a los mosquitos en los atardeceres de verano.

Amó a mi madre como jamás mujer alguna se sintió amada.

Y nos quiso a nosotros con mayor intensidad de lo que hubiera podido querer a sus propios hijos porque siempre decía que a los hijos te los manda Dios, pero que a nosotros nos había elegido él mismo.

¡Qué tiempo tan feliz!

¡Qué cambio!

Nos sacó de aquel poblacho odioso y aquel cuartucho miserable y nos llevó a vivir al campo, con patos y gallinas; con dos enormes perros y una vaca a la que me encargaba de ordeñar cada mañana.

Aún tengo metido en el cerebro el olor de aquel establo.

Ningún perfume, ni el más caro que me haya podido regalar jamás el más rendido enamorado, se puede comparar con la tibia dulzura de aquel aroma inimitable.

*Lucero* se llamaba la vaca.

Yo la ordeñaba, ya lo he dicho.

Luego Rafael la sacaba a pastar al prado.

Manolín jugaba a torearla y ella le dejaba hacer hasta que le aburría tanto agite de capote y se lo quitaba de encima con un golpe de rabo.

Echaba de menos a Curro, pero su recuerdo se iba perdiendo en mi memoria poco a poco, quizá porque en el fondo su recuerdo se encontraba unido a los más tristes recuerdos.

Mi madre resurgió de sus cenizas.

Amaba a Sebastián tanto como ella a él, lo cual es ya decir suficiente.

Cantaba, y resulta difícil explicar lo que significa oír a tu madre cantar, si con anterioridad no la has oído más que llorar noche tras noche.

Tenía una hermosa voz, llena de sentimiento.

¡De amor!

Por su hombre y sus hijos.

Mi madre y Sebastián nunca pudieron casarse.

Más bien no quisieron.

Sebastián estaba casado, pero como su mujer llevaba más de cinco años en el hospital y los doctores siempre le aseguraban que no duraría un invierno más, prefería no amargarle sus últimos momentos pidiéndole el divorcio.

¡Hasta en eso era bueno!

Mi madre lo entendía.

Y se esforzó para que nosotros también lo entenderíamos.

Al fin y al cabo, para unos niños estar casado o no por la ley poco importaba.

¿Qué nos importaban a nosotros los papeles?

Muy pronto cumplir, treinta años, y de todo ese tiempo, tan sólo aquellos cinco merecen la pena ser tenidos en cuenta.

¡Cinco años escasos que valen sin embargo por cincuenta!

Cada vez que Sebastián se marchaba de viaje, contábamos las horas que faltaban para su regreso.

Siempre volvía.

Y siempre cargado de regalos.

Pero eso no importaba. El mejor regalo era siempre su presencia, la alegría con que nos alzaba en brazos, los cuentos que nos contaba, el mimo con que permitía que Rafael se le durmiera en las rodillas, la forma en que acariciaba el cabello de Manolín, o las largas miradas de compli-  
cidad que dedicaba a mi madre que recogía la mesa.

Ella se sonrojaba.

Y a mí me gustaba ese sonrojo.

Y me gustaba permanecer despierta para comprobar una vez más que se estaban amando y murmuraban cosas que no lograba entender, pero cuya entonación bastaba para permitir que al fin me durmiera convencida de que nuestro pequeño mundo no corría peligro.

Al amanecer *Lucero* mugía en el establo.

Los perros me seguían a todas partes.

Las gallinas habían puesto sus huevos.

Mi madre cantaba.

Y Manolín, Rafaelito y yo nos íbamos a la escuela.

Los domingos bajábamos al olivar, a pasar el día entre los árboles, comer, jugar y bañarnos en el arroyo hasta que se secaba a mediados de agosto.

Así día tras día. Año tras año. ¡Cinco!

Me hice mujer y Sebastián me regaló un vestido de flores, me dio un beso en la frente y me recordó que a partir de aquel momento tenía una responsabilidad mayor frente a los míos.

—Convertirse en mujer significa algo más que manchar las bragas cada mes —me dijo—. Convertirse en mujer significa convertirse en la depositaria del respeto de aquellos que te quieren. No traiciones jamás ese respeto.

Esa noche, mientras escuchaba los dulces suspiros de mi madre, me juré a mí misma que me mantendría virgen hasta el día en que un hombre como Sebastián se cruzara en mi camino.

Nadie como Sebastián se cruzó jamás en mi camino.

Pero en el suyo sí que se cruzó alguien.

Un día le llamaron del hospital.

Su esposa agonizaba.

Bajó a Córdoba, y el destino, ¡maldito destino!, colocó a su paso una bomba destinada a un camión de militares.

La alegría saltó hecha pedazos.

La eterna sonrisa se heló en sus labios.

Las manos que con tanto amor acariciaban colgaron de los árboles.

El corazón que por tantos latía, cesó de latir.

¡Ni enterrarle pudimos!

Aquellos ensangrentados despojos ni siquiera encontraron el eterno descanso.

¡Los quemaron!

Alguien trajo una mañana un jarroncito verde en el que aseguraron que se escondía todo cuanto quedaba de un hombre sobre el que García Lorca hubiera escrito un precioso poema.

«Romancero de Sebastián Miranda, un hombre bueno», lo habría titulado.

«Romancero de Sebastián Miranda, un hombre alegre».

«Romancero de Sebastián Miranda, un hombre amado».

¿Por qué vuelvo a llorar después de tantos años?

¿Qué derecho tengo a llorar, yo que tantas lágrimas he obligado a derramar en este mundo?

Las lágrimas son el reflejo de los débiles, y se supone que yo soy una terrorista fría y calculadora a quien nada conmueve.

¡Le quería tanto!

¡Le debía tanto!

Y todo cuanto quedaba de él no eran más que cenizas.

Mi alma se convirtió a su vez en cenizas.

¿Y qué puede crecer en un campo de cenizas?

El odio.

El odio siempre es malo, pero cuando ese odio anida en corazón de una adolescente en el momento en que está a punto de abrirse a la vida con todas sus maravillosas espe-